

## Manual para la resistencia

Pablo López Cantó

T. E. Lawrence

*Guerrilla*

Acuarela Libros, 2004.

«Éramos un ejército concentrado en sí mismo, sin desfiles ni ademanes, consagrado a la libertad»<sup>1</sup>.

T. E. Lawrence.

Como Lawrence —como Lawrence de Arabia— transitamos nosotros territorios extraños. Permanecemos extranjeros a éste mundo al cual nos hemos visto arrojados, presos de una ambivalencia que hace de nuestra vida algo difícilmente soportable y, sin embargo, que aceptamos como un regalo inesperado, afirmándola más allá de los desagradables trabajos, las cotidianas humillaciones y el asco. Antes que caminar franqueando obstáculos, nos deslizamos. Pues tienden hoy a dibujar las urbes capitalistas espacios lisos como mares o desiertos: como se sabe, las grandes segmentaciones que durante toda la modernidad implementasen una lógica de espacios bien diferenciados a través de los cuales distribuir las poblaciones tienden a difuminarse irremediabilmente. Ciertamente no han desaparecido aún, pero mantenerlas exige de los poderosos un esfuerzo imposible de optimizar. La sociedad disciplinaria está desde hace ya demasiado tiempo en una crisis que no parece tener final. Sobre ella se levanta la nueva ciudad. Una ciudad sin afuera, pero también sin referencias fijas, sin coordenadas estables, sin puntos nodales a partir de los cuales organizar las formas de vida que, siempre cambiantes, monstruosas la recorren. Somos nosotros eso híbridos que perturban la cara amable del poder. Como Lawrence —ni inglés ni árabe— doblemente traidores: hombres intermedios, a mitad de camino entre la figura que el poder nos concede —cual miembros de un muy regular ejército— y aquella otra, nómada y oscura, que las luchas del desierto en que ha quedado convertido el mundo no dejan de transformar. Nos deslizamos entre tormentas de arena, prestos a internarnos en una nube de fuego que es polvo sólo. Como el personaje que encarnase Peter O’toole, también nosotros tenemos «un curioso sentido de la diversión»<sup>2</sup>.

### Atisbos de otra estrategia

«En estas páginas —escribe T. E. Lawrence en capítulo preliminar a *Los siete pilares de la sabiduría*— no se narra la historia del movimiento árabe, sino la mía dentro de éste movimiento. Es un relato de hechos cotidianos, de sucesos insignificantes, de gentes sin importancia. No hay lecciones para el mundo...»<sup>3</sup>. Sin embargo, no podemos dejar de resistirnos a tomar en cuenta esa rara modestia que se dice incapaz de enseñar nada. Porque tal y no otra es la exclusiva razón por la cual merece la pena aproximarse al texto, a cualquier texto, más allá del placer que pueda provocar su lectura: aprender, pero no por el simple hecho de aprender, sino por la utilidad que acaso los conocimientos que se obtienen pudieran tener para nuestras vidas, para su transformación, para ampliar la efectividad de nuestras palabras y nuestros gestos. Y es a buen seguro ese el mérito de texto, mínimo de tan conciso, que de Lawrence ha publicado Acuarela bajo el título de *Gerrilla*: lo que enseña parece intensificar nuestras escasas certezas. Con un prólogo tal vez excesivo, pues que dobla en extensión aquello que prelude, en el texto de Lawrence se concentran, en apenas sí veinte páginas —al fin y al cabo, no es sino la definición que dio para la *Enciclopedia Británica* de la voz que da título al libro que ahora aparece publicado—, se concentran, decíamos, las enseñanzas fundamentales que *Los siete pilares de la sabiduría*, a su modo, ya contenían: toda una teoría de la guerra irregular, de las técnicas apropiadas para la lucha sobre un espacio abierto y liso.

Porque, como explicase Deleuze en *Crítica y clínica* acerca de *Los siete pilares...*, en primer lugar se encuentra la cuestión del espacio, el desierto y su percepción, la Idea inmanente, transparencia pura e informal. «La revuelta —escribía—, la rebelión es luz, porque es espacio (se trata de extenderse en el espacio, de abrir el máximo de espacio posible) y porque es Idea (lo esencial es la predicación). Los hombres de la rebelión son el profeta y el caballero errante, Faisal y Auda, el que predica la Idea y el que recorre el espacio. El “Movimiento”: la revuelta se llama así»<sup>4</sup>. La estrategia depende por entero del espacio y de su percepción, de hacia dónde desplazarse en un espacio liso y de cómo instigar el contagio. La estrategia no depende del enemigo. No hay que darle tanta importancia, sino más bien al contrario, restarle toda la que sea posible. Y acaso ese sea nuestro problema fundamental, el problema de

nuestro tiempo, cómo desplegar las potencias refractarias eludiendo la presencia del enemigo, sin que los nuevos poderes, por tanto, determinen hacia dónde hemos de guiar la acción, nuestra acción, a nosotros mismo. Cómo desviarnos respecto de la línea de fuego que éstos trazan. Tal es una de las enseñanzas más relevantes del texto de Lawrence: el enemigo siempre se pone a sí mismo como objetivo-trampa, por eso es necesario, una vez más, darle la espalda y adentrarse un poco más en el desierto. Evitar la batalla, pues, como afirma Lawrence, ésta es siempre una imposición del más fuerte sobre el más débil, del poder frente a los rebeldes, para mejor dejar constancia de la desigualdad de fuerzas, para terminar con cualquier disenso.

Toda la estrategia que la guerrilla plantea gira en torno a esa cuestión. Por un lado, partiendo de un análisis de las fuerzas, es necesario constatar la debilidad de un movimiento que carece de la potencia de fuego que su adversario maneja. De ahí se infiere la exigencia del desvío respecto de las formas de guerra clásica en las que dos ejércitos se enfrentan cara a cara, cuerpo a cuerpo. Foucault lo ha dicho en diversas ocasiones: el momento de la violencia desatada, del choque y la sangre, es, necesariamente, el instante mismo de la derrota, tanto para el poder como para las resistencias, pues es allí donde uno de los términos de la relación —el más débil— y, por tanto, la relación constituyente misma son aniquilados. Lawrence lo expone en *Los siete pilares...*: «La mayor parte de las guerras eran guerras de contacto, en las que ambos bandos se enfrentaban con el fin de evitar la sorpresa táctica. La nuestra sería una guerra de apartamiento. Íbamos a contener al enemigo mediante la callada amenaza de un vasto desierto desconocido y no íbamos a descubrirnos hasta el momento del ataque. Éste sería nominal: no dirigido contra el enemigo, sino contra sus materiales, de tal suerte que no buscara su fuerza o su flaqueza, sino sus pertrechos más accesibles [...] Debíamos convertir nuestros medios ordinarios en una norma invariante (no en una ley, pues la guerra era una antinomia) y desarrollar el hábito de no entablar jamás combate»<sup>5</sup>.

Pero traemos aquí a colación a Foucault no sólo por esto, sino porque acaso sus postreras investigaciones nos permitan entender algo de la propuesta estratégica que *Guerrilla* oferta, del desplazamiento que opera, pues no se trataría ya tanto de ocuparse de la relación que nos mantiene enfrentados al poder cuanto de ocuparnos de nosotros mismos, de concentrarnos en nosotros mismos y de luchar, no contra el enemigo que se

nos impone, sino por nuestra libertad. El sí mismo sería el punto privilegiado en el orden de la estrategia: desplegarlo en el espacio de su propia libertad el objetivo. El enemigo —el poder para nosotros— siempre busca trazar una cartografía del enfrentamiento que le sea ventajosa. De ahí la necesidad de abrir líneas de fuga que permitan romper con el cuadro delineado e impuesto, de obligar al adversario a reorganizar todos sus materiales con el fin de que se produzca una modificación en las relaciones de fuerzas. Es necesario dejar de girar en torno al poder y a las formas de lucha que éste exige de nosotros, desplazar el centro de gravedad hacia nosotros mismos con en fin de, transformándonos nosotros, trastocar todo el entramado de relaciones que nos constituyen.

### **Habitantes del desierto**

La cuestión prioritaria, por tanto, es quién es ese nosotros al que se hace referencia y que ha de ocuparse de sí, de su libertad; quiénes aquellos que, conforme profundizan en el desierto y lo expanden, han de girar sus ojos hacia sí para que la revuelta triunfe. Como escribiera Deleuze en el artículo antes citado, «el problema de la guerrilla se confunde con el del desierto: es un problema de individualidad o de subjetividad, aunque sea una subjetividad de grupo, en el que está en juego la suerte de la libertad, mientras que el problema de las guerras y de los ejércitos es la organización de una masa anónima sometida a unas reglas objetivas, que se proponen hacer del hombre un “tipo”»<sup>6</sup>. El interés de la guerrilla es precisamente que, a diferencia de los ejércitos, no se componen de unidades disciplinadas capaces de constituir un bloque homogéneo, sino que precisamente se definen por su heterogeneidad, por componerse de diferencias que, aun si bien han de encontrarse adecuadamente articuladas, no son sustituibles. Cuando un soldado muere, su posición puede ser ocupada por otro sin que la maquinaria que constituye el todo se vea afectada. Por el contrario, un guerrero nómada es irremplazable: cuando el guerrillero cae el vacío que queda es imborrable, toda la guerrilla ha de rearticularse en función de la oquedad que deja. Por ello, no se pueden asumir las bajas. No es una pieza o un elemento del todo lo que se pierde, sino una singularidad insustituible.

La guerrilla no funciona ni por tanto es inteligible a través del patrón de la identidad. El sujeto de grupo viene constituido por otras lógicas, por lógicas de tribu o de banda, diferentes entre sí pero atravesadas todas por una misma idea, una idea inmanente en el interior a la cual, sin embargo, cada uno reacciona de modo distinto. Trabajar con tribus o bandas supone hacerlo con multiplicidades, con conjuntos articulados de singularidades a las cuales nada ata salvo su honor, su relación respecto de la idea. Cada cual puede irse a casa cuando mejor considere. Pero, además, el juego de articulación entre las diferentes bandas nómadas supone dificultades añadidas, dado que, más allá de los rasgos comunes que las atraviesan, existen rivalidades irreductibles entre ellas. No se llevan bien entre sí, por lo cual, salvo en contadas excepciones, no se las puede reunir para llevar a cabo una acción en común. Con todo —tal es otra de las más interesantes lecciones que Lawrence nos concede—, se puede hacer de la necesidad virtud: organizarse de tal modo que no tengan que encontrarse las diferentes bandas, no funcionar en el sentido de la concentración de las fuerzas, sino, al contrario, hacia la diseminación extrema. Se trata, así, de perseguir la máxima dispersión de las fuerzas y de los frentes, tanto en el espacio como en el tiempo, para conseguir no sólo la mayor extensión, sino también la mayor ubicuidad, confundirse con el desierto. Se trata de devenir desierto, bruma sólo, vapor capaz de cubrir todo el espacio abierto, de estar al mismo tiempo en todas partes y en ningún lugar.

En último término, la política que la estrategia de la guerrilla exige, que necesita no sólo para ser efectiva sino sencillamente para sobrevivir, para persistir en la dispersión de las singularidades y la vacuidad del grupo, es necesariamente una política de la amistad: en primer lugar, lograr que las diferencias y las rivalidades entre las bandas y entre las singularidades dentro de cada banda no estallen en conflicto aniquilador, sino que, oportunamente articuladas, retengan las distancias que las separan y transformen ésa su lejanía en un lazo liberador, intensificador de la potencia propia y vector constituyente de un sí mismo múltiple, de una idea inmanente sobre la cual cabalgar; y, en segundo lugar, pues que no todo el mundo —e incluso podría afirmarse que nadie— ha de vivir en el constante activismo, conseguir que aquellos que se mantienen en aparente y acaso solamente pasajera pasividad simpaticen con el «movimiento», con la revuelta. Si todo aquel que guste puede cuando quiera irse a casa, también todo aquel que está en casa debe poder desde la diferencia que le caracteriza participar de la rebelión, ser amigo y, por lo tanto, miembro de la guerrilla —pues la

guerrilla no la conforman aquellos que por su tendencia a la impactante acción se pudieran creer vanguardia, más bien carece de elementos destacados, es sólo cúmulo de diferencias, de singularidades reunidas por ese extraño lazo, atadura liberadora, que es la alianza de los amigos. Pues la guerrilla es sólo el movimiento general a través del cual todo el mundo deviene refractario habitante del desierto, tormenta de luz y viento.

---

<sup>1</sup> T. E. Lawrence, *Los siete pilares de la sabiduría*, Libertarias / Prodhufi, 1997, p. 14.

<sup>2</sup> *Lawrence de Arabia*. Dirigida por David Lean, 1962.

<sup>3</sup> T. E. Lawrence, *op. cit.*, p. 9

<sup>4</sup> Deleuze, *Crítica y clínica*, Anagrama, 1997, p. 160.

<sup>5</sup> T. E. Lawrence, *op. cit.*, pp. 225-226.

<sup>6</sup> Deleuze, *op. cit.*, p. 168.